

lorosa convicción. Todo lo que yo espero y pido, es que, despues de haber leído con reflexion los discursos precedentes, los filósofos con quienes ellos hablan, se decidan únicamente á dudar, á sospechar, que puede ser posible que ellos se equivoquen, y que la Religion no sea una invencion humana. Esta simple duda les impone la obligacion de examinar. Deben hacerlo como hombres, ó como seres racionales; y cómo filósofos están otro tanto mas obligados. Porque al fin, ¿qué imputan ellos tan amargamente al vulgo? el creer sin examen, por hábito, por error intelectual. ¿Conviene pues, ó es honroso ser incrédulo del mismo modo, que se sostiene es absurdo el ser creyente? El pueblo, á lo menos, en sus preocupaciones se reserva la esperanza: y si él se engañaba, si era necesario decidirse entre este sentimiento celeste y entre las luces que, ópacas alumbran solo la nada, la suerte del cristiano aun seria bastante buena.

#### CAPITULO IV.

CONSIDERACIONES SOBRE EL SEGUNDO SISTEMA DE INDIFFERENCIA,  
 Ó SOBRE LA DOCTRINA DE LOS QUE TENIENDO POR DUDOSA LA  
 VERDAD DE TODAS LAS RELIGIONES POSITIVAS, CREEN QUE  
 CADA UNO DEBE SEGUIR AQUELLA, EN QUE HA NACIDO,  
 Y QUE NO RECONOCEN MAS RELIGION INCONTES-  
 TABLEMENTE VERDADERA, QUE LA NATURAL.

---

Las perniciosas consecuencias del sistema precedente y los absurdos de que abunda, conduciendo á los filósofos á modificarle, han hecho hacer una nueva teoria de la indiferencia. Menos osada que la primera, sin ser mas satisfactoria,

se verá muy pronto, que no es capaz de sufrir el mas ligero exámen. No se concebiría tampoco la ilusion que esta produce en ciertos entendimientos, si no se supiera, por otra parte, con que facilidad degradante admite el hombre todas las opiniones que se acuerdan con los errores de su entendimiento y que favorecen sus inclinaciones.

El defensor mas hábil de la doctrina que combato, es sin contradicción J.-J. Rousseau. No podría yo hacer nada mejor que valerme de sus mismas palabras para exponerla. Además, que este método será menos árido que un mero analisis, y alejará de mí toda sospecha de infidelidad.

Manifestemos desde luego, en que se diferencian los principios de Rousseau de los de aquellos filósofos, ya refutados en los precedentes capitulos. Por este medio podrá el lector formarse una idea precisa y exacta de unos y otros.

El sistema de los indiferentes políticos incluye el ateismo, y trastorna todos los deberes y esperanzas del hombre. Rousseau considera la

existencia de Dios, la espiritualidad del alma, la existencia de una vida futura, como otros tantos dogmas sagrados y verdades incontestables. Se irrita de que alguno pretenda impugnarlos :  
 « Huid, dice él, de aquellos que, con pretexto  
 « de explicar la naturaleza, siembran en los  
 « corazones humanos doctrinas que desconsue-  
 « lan, y cuyo aparente escepticismo cien veces  
 « es mas afirmativo y mas dogmático, que el es-  
 « tilo decisivo de sus contrarios. Con el arrogante  
 « pretexto de que ellos solos son ilustrados, sín-  
 « ceros, de buena fe, imperiosamente nos su-  
 « jetan á sus tajantes decisiones, y pretenden  
 « que admitamos por principios verdaderos de  
 « las cosas, los ininteligibles sistemas, que en  
 « su imaginacion se han forjado. Derribado en  
 « tanto, destruyendo, hollando á sus plantas  
 « todo cuanto respetan los hombres, privan á  
 « los afligidos de la postrera consolacion de su  
 « miseria; quitan á los ricos y á los potentados  
 « el único freno de sus pasiones; desarraigan  
 « de lo hondo de los corazones el remordimiento  
 « del delito, la esperanza de la virtud; y todavía  
 « se jactan de ser los bienhechores del linage

« humano. Dicen que nunca es la verdad pernicioso á los hombres: lo mismo que ellos piensan yo, eso en mí entender es vehemente prueba, de que no es la verdad lo que enseñan ' ».

Segun los indiferentes políticos la Religion y la moral son instituciones humanas: Rousseau sostiene, que « las verdaderas obligaciones son independientes de las instituciones humanas... » y que « sin la fe no existe ninguna verdadera virtud ». Y como la virtud es un deber para el hombre, admite que « hay dogmas, que todos están obligados á creer », » proposición, directamente opuesta al principio que dice, ser la Religion necesaria al pueblo.

Rousseau pues, desecha el dogma de los indiferentes políticos. Júzgale como nosotros le hemos juzgado; á la vez falso y perjudicial; y perjudicial, porque es falso, lo que supone que en materia de doctrina la verdad es inseparable de la utilidad, ó, en otros términos, que toda doctrina ventajosa al género humano, y con

<sup>1</sup> *Emilio*, libro IV.

<sup>2</sup> *Ibidem*.

<sup>3</sup> *Ibidem*.

mas fuerte razon, toda doctrina necesaria, es una doctrina verdadera \*. Suplico al lector tenga presente esta observacion.

Hasta aquí Rousseau no es mas que el órgano de la tradicion universal, su razon está de acuerdo con la de todos los pueblos, con la experiencia, con todas las autoridades dignas de citarse en esta cuestion tan grande; y, como sucede siempre que se camina con tales guías, apoyándose él en la excelencia de su causa y el consentimiento de los siglos, la verdad asi manejada por su pluma, adquiere un tal caracter de evidencia, que ni aun se ha intentado responder á sus argumentos.

Pero, luego que él se propone no escuchar sino á su propio entendimiento; cuando estrechado entre el Cristianismo y las doctrinas desconsoladoras que ha refutado con tanta elocuencia, emprende abrir un camino nuevo

\* El autor ateo del *Sistema de la Naturaleza* confiesa que la verdad no puede jamás ser perjudicial al « puede muy bien serlo para el que la dice, pero ninguna verdad puede dañar al género humano. » *Sistem. de la Natur.*, tom. II. cap. XIII, nota. Y aun « lo que es falso, no puede ser útil á los hombres: lo que constantemente los daña no puede fundarse en la verdad, y debe proibirse para siempre. » *Ibid.*, cap. XIV.

quimérico, que no conduce á ninguno de estos dos términos extremos; sus ideas se confunden, y extraviándose de sofisma en sofisma, cae, casi á cada paso, en groseras inconsecuencias, imposibles de disimular aun á todas las sutilezas de una dialéctica maestra.

Hase visto, que admite la necesidad de una Religion en todos los hombres. Esto supuesto, ¿qué resta sino decidirse entre las diversas religiones, despues de un examen competente para determinarse á una eleccion digna de la sabiduría? Mas esto es lo que Rousseau niega expresamente. «Si nos descarriamos, dice, nos quitamos una poderosa disculpa delante del tribunal del soberano juez. ¿No perdonará mas bien el error en que fue uno criado, que el que se atrevió á escoger por sí propio?»

O este discurso no tiene sentido alguno, ó supone el autor que existe una religion verdadera; porque si no existiese, ¿dónde estaria el peligro de *descarriarse*, tratando de buscarla? Descarriarse, es alejarse del punto donde se trata de lle-

• *Emilio*, lib. IV.

gar; con que, siendo este punto imaginario, ¿cómo puede concebirse el alejarse de él efectivamente? ¿Puede uno alejarse de un punto que no existe? Obsérvese que Rousseau confiesa, que en materia de Religion, el error puede ser criminal á los ojos del *soberano Juez*; luego es preciso confiese tambien, que hay una religion verdadera; pues, si no hubiera verdad, el error seria inevitable, y un error inevitable no necesita de *disculpa* ni *perdon*. Aun hay mas: no pudiendo ser verdaderas dos doctrinas á la vez contrarias; ya que existe una religion verdadera, no puede existir sino una sola, y Rousseau lo confiesa en términos formales: «Entre tantas religiones diversas, que recíprocamente se proscriben y se excluyen, *una sola es la buena* si hay alguna que lo sea.» Luego todas las religiones menos una son falsas necesariamente; todas las religiones menos una son *perjudiciales* segun Rousseau, cuyas palabras quedan ya citadas. Con que las religiones *perjudiciales* no son ciertamente *necesarias* al

• *Emilio*, lib. IV.

hombre: pues si una religion es necesaria como lo sostiene Rousseau, no puede ser otra que la verdadera. Por esto mismo que es la única verdadera, ella es la única buena, la única necesaria, la sola que viene de Dios. ¿Cómo, pues, será creible que, imponiendo Dios á los hombres la obligacion de seguirla, les haya negado los medios de distinguirla de las falsas? Esto repugna, y sin embargo Rousseau debe decirlo, ú abandonar sus máximas; y no puede decirlo sin caer en manifiestas contradicciones, como ya queda visto.

Para salir de este apuro, se complica en contradicciones nuevas. Resulta de sus propios asertos, que hay una Religion verdadera, y que no hay mas que una: la consecuencia es que todos los hombres deben abrazarla; pero esta consecuencia le conduciría al Cristianismo, que él se empeña en trastornar. ¿Qué hace, pues? Pretende que no se podría discernir cual es la verdadera Religion. Reconociendo por otra parte la necesidad de una religion, para todos los hombres, aconseja á cada uno, que siga aquella en que nació. En la impotencia real de descubrir la verdadera, sería el

partido mas sabio, si estas diferentes religiones, en que los hombres nacen, llenaran el objeto para el que Rousseau las juzga necesarias. Siendo asi que el error, segun él, esencialmente es perjudicial, este objeto no podría llenarse por religiones falsas. Por esto se ve forzado á sostener que todas las religiones son indiferentes, es decir igualmente buenas, ó igualmente verdaderas; porque estas dos cosas están inseparablemente unidas en sus principios; dejémosle explicarse por sí mismo. « Todas las religiones  
« particulares las miro como otras tantas insti-  
« tuciones saludables, que en cada pais prescri-  
« ben un modo uniforme de honrar á Dios con  
« un culto público, y pueden todas tener sus  
« motivos en el clima, el gobierno y la índole  
« del pueblo, ó en alguna otra causa local que  
« haga una preferible á otra ». Y aun: « Hon-  
« rad en general á todos los fundadores respec-  
« tivos de vuestros cultos, que cada uno dé al  
« suyo lo que cree deberle; pero, que no des-  
« precie al de los demas. Han tenido ellos gran

« talento, y virtudes grandes ; esto siempre ha sido apreciable. Se han presentado como enviados de Dios. Esto puede ser ó no ser ».

Esta es la primera vez que oigo hablar de las *grandes virtudes* de Mahoma. Cuanto á lo demás, como sería absurdo el suponer que *Enviados de Dios* enseñaran el error, y por otra parte que, fundada en la impostura una Religión no podría ser verdadera, la última frase que acabo de citar significa literalmente : Es posible que sean verdaderas todas las religiones, como que sean falsas. Así es, que se puede elegir entre esta proposición, y las que siguen, deduciéndose todas naturalmente de los principios de Rousseau: Todas las religiones son igualmente verdaderas; no hay mas que una sola Religión verdadera.

Para un lector que gusta de entenderse, no es trabajo pequeño tratar de poner al autor del Emilio de acuerdo consigo mismo. Esta tarea tiene bastante con que desalentar, aun al argumentista mas sutil. Así es, que á cierta distancia de páginas Rousseau nos enseña, que hay « dog-

<sup>1</sup> Lettre à M. de Beaumont.

« mas, que están *obligados* todos á creer » . y » que las obligaciones de la moral son las únicas « verdaderamente esenciales » . Y como si tratara de hacer la contradicción mas patente, añade en seguida « la primera de estas obligaciones es el culto interno » y que, « sin la fe « no existe ninguna verdadera virtud » ; ¿ Qué confusión de ideas tan rara ! ¿ Es el culto interior la moral ? ¿ Es la fe la moral ? Y si ninguna virtud existe sin la fe, ¿ cómo puede ser la virtud una *obligación esencial*, sin que tambien lo sea la fe ?

Separándose de lo verdadero, la razón privada de punto de apoyo, es semejante á una nave, que ya no es dueña de sus movimientos, y fluctua incierta, siguiendo á cada instante rumbos enteramente opuestos. La inconsecuencia es siempre la compañera del error, porque nunca se desprende el hombre de todas las verdades de un golpe, y las que retiene como incompatibles con el error, le obligan á contradecirse, aunque no quiera. Esto mismo es lo que

<sup>1</sup> Emilio, lib. IV.

<sup>2</sup> Ibid.

<sup>3</sup> Ibid.

« Rousseau le sucede casi á cada página. « En la  
 « incertidumbre en que vivimos » dice , « es  
 « presuncion que no tiene disculpa profesar otra  
 « religion que aquella , en que uno ha nacido , y  
 « falsia no practicar con sinceridad la que uno  
 « profesa » . Algunas líneas antes hace hablar  
 así á su personage ficticio : « Reconciliaos con la  
 « religion de vuestros padres » (la religion de  
 Calvino).... « Es muy sencilla y muy santa ; y  
 « entre todas las religiones de la tierra , creo que  
 « es aquella cuya moral es mas apurada y que  
 « mas satisface á la razon » .

1º Hay, segun su dictamen , diversos grados  
 de incertitud , y de consiguiente motivos de pre-  
 ferencia , pues que hay una religion , *con la que*  
*se contenta mejor la razon*. Ahora pues ; ¿ sobre  
 cuál fundamento estaria uno obligado á vivir en  
 una religion , con que la razon *se contentase me-*  
*nos*? Juan Jacobo echa en cara falsamente al  
 Cristianismo , el exigir el sacrificio absoluto de  
 la razon , y véase sin embargo como impone

<sup>1</sup> *Emilio*, lib. IV.

<sup>2</sup> *Ibid.*

aquí á los hombres el deber de obrar contra las  
 luces de su razon. ¿ Paraqué será ella buena , s  
 no la debemos consultar sobre un punto , del  
 que depende nuestra salud eterna? Rousseau nos  
 enseña en sus confesiones , que ha quedado  
 muy satisfecho jugando su salvacion á cara y  
 cruz , y aconseja á los demás que hagan otro  
 tanto. Por miedo de engañarse el mismo ú de  
 que otro le engañe , excluye de una vez la auto-  
 ridad y la razon ; esto es mucho : ¿ no se podría  
 transigir ? El azar tiene sin duda su valor ;  
 y con todo á lo que se ve , la filosofia le encarece  
 un poco.

2º A los ojos de Rousseau el calvinismo es una  
 religion *muy sencilla y muy santa*. Con que una  
 religion *muy santa* es una religion muy verda-  
 dera , ó de lo contrario , preguntaremos , ¿ qué  
 significa la palabra *santa* ? ¿ La incertitud con  
 que el autor del Emilio nos atemorizaba  
 poco ha , no es , pues , tan temible en realidad,  
 ya que no le ha arredrado para descubrir una  
 religion muy verdadera? Siendo las otras ne-  
 cesariamente falsas , ¿ porqué no sería permitido  
 abandonarlas todas por esta? La única difeul-

tad está en discernir la *sola buena*; pues hela aquí, segun Rousseau: ya no hay peligro de equivocarse, y cuando, retractando sus propios asertos, supusiera todas las religiones buenas, aunque no en el mismo grado; cuando hubiera cuestion de saber, cual es la mejor; aun entonces no se debería dudar, porque no pienso haya querido hacer ver que se debe uno detener en escoger la verdadera, por el temor de que pueda haber otra *mas que muy verdadera*.

5º Si se le hade creer, *no hay otras obligaciones verdaderamente esenciales, que las de la moral*: Enhorabuena; con que ¿es una obligacion esencial abrazar una religion cuya moral es *la mas pura*? Nada de eso; todo lo contrario; es una *presuncion inexcusable*.

Esta consecuencia es tan absurda, que ha forzado á Rousseau á modificar sus mismos principios, pero como de paso en una nota, por no desarreglar al parecer la perfecta regularidad del texto. Sea como fuere, él conviene en que « la obligacion de seguir y amar la religion de « su pais, no se extiende hasta los dogmas con-

« trarios á la sana moral »; No se pida mas; porque no se logrará otra concesion. Esta ya no es tal vez sino muy embarazosa; porque ¿ cómo sin preceptos religiosos, sin ley positiva distinguir con certeza lo que es ó no, *contrario á la sana moral*? En fin cada uno saldrá como pueda. Pero cuanto á lo demás por convencido que estuviere cualquiera mil veces, de que tal dogma es falso y por lo mismo *perjudicial*, y por lo mismo injurioso á la Verdad suprema; se le manda, á nombre de la filosofia el amarle, esto es una *obligacion*, y seguramente una obligacion de moral; pues que no hay otras *esenciales* que estas. ¿ No ha hecho muy bien el autor en haber excluido desde luego la razon de su sistema?

Otra contradiccion. Despues de un magnifico elogio del Evangelio añade: « Con todo esto, « este mismo evangelio está lleno de cosas increíbles, de cosas que á la razon repugnan, y que « no es posible que conciba ni admita ningun « hombre de razon ». ¿ Parece esto positivo?

<sup>1</sup> *Emilio*, lib. IV.

<sup>2</sup> *Ibid.*

esperemos pues un poco y se nos dirá que « el Cristianismo », no el de hoy, sino *el del Evangelio...*, es una Religión santa, sublime, verdadera. Según esto el Cristianismo es una religión santa, sublime, y es imposible á todo hombre sensato el admitirla; el Cristianismo repugna á la razón y el Cristianismo es una Religión verdadera. Dóciles admiradores de este inconsecuente sofista; con qué gracia echais en cara á los cristianos su obediencia á la fe! El Cristianismo, examinado seriamente les parece á ellos, como á vuestro maestro, una *religion verdadera*, y la creen: ¡ pobres gentes, ciegos por las preocupaciones hasta el punto de no ver que *es imposible á todo hombre sensato el admitir esta religion santa, sublime, verdadera*; visto que *ella repugna á la razón!*

Por lo demas el sistema de indiferencia, adoptado por J.-J. Rousseau, no es obra suya propia; hasta en sus contradicciones no es él más que un copista de Chubb, y de otros deístas ingleses. Este reconoce, « que no se puede explicar

<sup>1</sup> *Contrato social.*

« el establecimiento del Cristianismo, sino admitiendo la verdad del relato evangélico; que el ministerio de Jesucristo, y el poder que él desplegó, habiendo sido á lo menos en general favorables al bien público, es verosímil que Dios fuese el primer agente de este poder, « y que él mismo dirigiese su ejercicio. » Y despues de algunas otras reflexiones de igual naturaleza, añade: « se sigue de aquí, á lo que me parece, que es probable, haya tenido Jesucristo una mision divina; » lo que, por tanto, no quita á Chubb el pensar que hay tambien *motivos plausibles* de atribuir á la religion de Mahoma un *caracter divino*; combinense estos pasages con aquel en que Rousseau habla así de los fundadores de los diferentes cultos: « ellos se han llamado los enviados de Dios, esto puede ser ó no ser: » se convendrá en que la identidad de principios es perfecta. La consecuencia tambien es semejante; porque, según el autor inglés: « Pásese del Mahometismo al Cristianismo, ú hágase

<sup>1</sup> Véase *Chubb's posthumous works*, tom. II.

<sup>2</sup> *Ibid.*

« lo contrario, este acto únicamente será abando-  
 « nar una forma exterior de religion por otra for-  
 « ma; acto, que no ofrece otras ventajas reales, que  
 « las que hay en cambiar uno el color del vestido,  
 « quitándose uno azul para ponerse otro encar-  
 « nado! » y lo que Chubb dice aqui de los ma-  
 hometanos, lo dice igualmente de los paganos<sup>2</sup>  
 que abrazaron el Cristianismo en su origen.

La indiferencia absoluta de religiones es, sin  
 duda, el fundamento de este sistema mil veces  
 mas injurioso á la Divinidad que el ateismo, y  
 mas humillante para el hombre, á quien atrevidamente se le dice: « Ente limitado, mortal mi-  
 « serable, incapaz de descubrir la verdad, ¿de  
 « dónde te viene la *inexcusable presuncion* de in-  
 « tentar conocerla? ¿Qué te importa, que ella  
 « exista, ó no? Ella no existe para tí. Tu *deber*  
 « es obedecer ciegamente á todos los imposto-  
 « res que se llaman *Enviados de Dios*. Tú debes  
 « apreciar cualquier error que ellos enseñen; tú  
 « debes *practicar con sinceridad* cualquier culto

<sup>1</sup> Chubb's posthumous works, tom. II.

<sup>2</sup> *Ib. d.*

« que ellos establezcan; la suerte te hizo nacer  
 « en un pais pagano, adora pues los Dioses de  
 « tu pais, sacrifica á Júpiter, á Marte, á Priapo,  
 « á Vénus; inicia á tus hijas en los misterios de  
 « la buena Diosa. Tú harás los honores divinos  
 « en Egipto á los crocodilos sagrados, y al buey  
 « Apis; entre los Fenicios, ofrecerás tus hijos á  
 « Moloch; en Méjico tomarás las armas para  
 « conquistar victimas humanas al horrendo idolo  
 « allí reverenciado; en otra parte, te postrarás  
 « humildemente ante un tronco de árbol, ante  
 « las piedras, las plantas, los despojos de ani-  
 « males, restos impuros de la muerte. Naciste en  
 « Constantinopla, repite pues en el fondo de tu  
 « corazon; *Dios es Dios y Mahoma su profeta!*  
 « En Roma, despreciarás á este mismo Mahoma  
 « como á un impostor. Todas estas religiones, y  
 « otras mil son *otras tantas instituciones saluda-  
 « bles, que tienen sus motivos en el clima, el go-  
 « bierno, y la índole del pueblo, ó en alguna  
 « otra causa local, que haga una preferible á otra.*  
 « Ve aquí la única diferencia, y sin atormentarse  
 « por escoger, el sabio se atiende á la que el acaso  
 « le ha dado. »

Tal es en toda su sencillez la doctrina de Juan Jacobo, porque la sola restriccion que pone en ella, es á la verdad quimérica. «La obligacion de seguir y amar la religion de su pais, no se extiende, dice él, hasta los dogmas contrarios á la sana moral. Muy bien; pero ¿Quiénes son los pueblos, que obedeciendo á sus leyes religiosas, se imaginan ofender *las obligaciones de la sana moral*? Al contrario, violando estas leyes se creería cometer un crimen, y atraerse la cólera del cielo. Cuando recorrian el Asia los discípulos de Mahoma, con la cimitarra en una mano, y en la otra el Coran, ¿se debe pensar que ellos dudasen, si tenían el derecho de degollar á los que se rebelasen á la autoridad de su profeta! Lejos de experimentar remordimientos matándolos, se persuadian hacer una obra agradable á Dios. La historia está llena de tales ejemplos. Sacrificando sus hijos á Saturno, los habitantes de Cártago, no sofocaban en apariencia los sentimientos naturales, por solo el gusto de creerse culpables de un horrendo crimen: Digámoslo, porque no hay verdad mas importante y mas desconocida: la religion de los pueblos es su

moral toda, y esto es lo que forma en parte el peligro del sistema que combatimos. Consagrando todos los cultos, Rousseau consagra todos los vicios y aun todos los crímenes. La poligamia, la prostitucion, todos y aun el asesinato, vienen á ser no solo permitidos, sino *saludables, segun el clima, el gobierno, y la índole del pueblo*; Gran Dios! ¿Dónde estamos, si es necesario refutar semejante doctrina? ¿No se deberá ya nada á la humanidad, cuando por medio de una arteria pérfida, se hayan adornado estas máximas execrables con seductoras frases, con las palabras halagüenas, concordia, tolerancia y paz?

Nótese, ademas, que Rousseau no quiere que se examinen los dogmas, para enterarse de su veracidad; sino para saber su conformidad con la *sana moral*; como si este examen fuera mas fácil que el otro, como si estuviera mas al alcance de todos los hombres. ¿Cuántos hay que sean capaces de percibir la union muchas veces lejana, aunque muy real, que hay entre los deberes de la moral y los dogmas especulativos? ¿Sobre qué principios; por qué reglas deberá procederse á este examen? ¿Segun la regla de la concien-